

MINICARS

Juan Gris *Pinturas y dibujos 1910-1927*

23 de junio - 19 de septiembre de 2005



Guitarra y frutero (*Guitar et compotier*), 1918. Óleo sobre lienzo, 60 x 73 cm
Kunstmuseum Basel, donación Raoul La Roche
Foto: Kunstmuseum Basel, Martin Bühler

Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía

Santa Isabel, 52
28012 Madrid
Tels: 91 774 10 00
Fax: 91 774 10 56

Horario de exposiciones

Lunes a sábado de 10,00 a 21,00 h.
Domingo de 10,00 a 14,30 h.
Martes, cerrado

© De las reproducciones de las obras.
Juan Gris. VEGAP, Madrid, 2005

D. Legal: M. 27.850-2005
NIPO: 553-05-003-X

Información del Museo en Internet:

Visita virtual disponible en:
museoreinasofia.mcu.es

Patrocinada por: idealista.com

 Bancaja

Telefonica

Museo
Nacional
Centro
de Arte
Reina
Sofía


MINISTERIO
DE CULTURA

 IBERIA

Juan Gris

Pinturas y dibujos 1910-1927

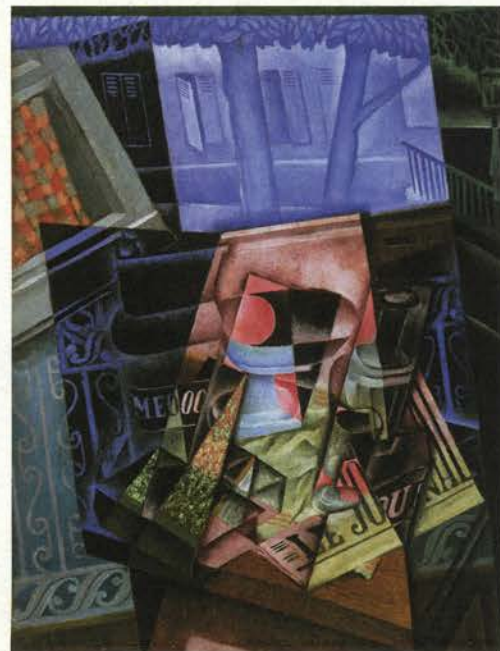
Juan Gris, seudónimo de José Victoriano González (Madrid, 1887 – Boulogne-sur-Seine, Francia, 1927), era un “apasionado frío”, un ser contradictorio cuyo trabajo y existencia se regían por un enriquecedor dualismo, gracias al que convivían sin problema la lógica y el raciocinio junto al amor a la poesía y la fascinación por la astrología o la alquimia. Dramático, apasionado, supersticioso e inquieto –como lo definía Maurice Raynal, uno de los más ardientes defensores del cubismo– ese hombre intelectual y emotivamente complejo que fue Juan Gris, supo mostrarse siempre atento a cuantas oportunidades le ofrecía la vida, una corta vida cuya brevedad no fue, sin embargo, obstáculo para la creación de una gran obra.

La presente exposición intenta evocar y dar testimonio de los diversos aspectos que abarca la producción de Juan Gris, insistiendo en aquellos que en algunas ocasiones han permanecido en un segundo plano, como su espléndida faceta de colorista, sus magníficos primeros años de praxis pictórica en el contexto del cubismo o sus exquisitos dibujos, que él mismo consideró en todo momento en plano de igualdad con sus pinturas. El panorama cronológico de esta muestra se extiende precisamente desde los primeros tanteos cubistas del pintor hasta sus últimas realizaciones, es decir, a partir del momento en que Gris toma conciencia de su condición de pintor y decide dedicarse a tal práctica por entero, abandonando su faceta inicial de ilustrador de prensa.

Gris llega a París en 1906, animado por el deseo de seguir a Daniel Vázquez Díaz y después de haber pasado por la madrileña Escuela de Artes y Oficios. Desde los primeros tiempos se ve obligado a ganarse la vida dibujando en diversas revistas satíricas, ocupación que ya había ejercido anteriormente en Madrid por parecidas razones. Sin embargo, su tenacidad y su decidida vocación de pintor se imponen pronto sobre esa primera dedicación forzosa a la ilustración gráfica. Instalado en el 13 de la rue Ravignan –en el emblemático edificio del “Bateau Lavoir”, testigo del nacimiento del cubismo– conoce en 1908 al que sería su marchante y gran amigo, Daniel-Henry Kahnweiler, quien dos años más tarde tiene ocasión de ver las grandes acuarelas que Gris realiza del natural y que constituyen sus primeras aproximaciones a los principios cubistas. En muy poco tiempo Gris logró un estilo personal e independiente y, no obstante, profundamente enraizado en la estética del movimiento liderado por Picasso y Braque.

Una de las características más peculiares de la práctica cubista de Gris es su particular sistema compositivo, la emblemática “arquitectura plana coloreada”, a la que el propio pintor se refiere para definir el resultado final de sus lienzos. Después de una primera etapa de militancia en el cubismo analítico, Gris acomete lo que se conoce como su periodo sintético, en el que las anteriores formas facetadas y perspectivas cambiantes son reemplazadas por el empleo sistemático de planos superpuestos de color y textura. Gris inicia, pues, su proceso compositivo de forma diferente a lo que suele ser habitual en la mayoría de los creadores, es decir, tomando como punto de partida una estructura abstracta que sólo en el último momento se identifica con objetos reales. Se trata, en esencia, de su “método deductivo”.

Las relaciones personales entre los tres grandes del cubismo, Picasso, Braque y Gris, fueron complejas. No obstante, cada uno desempeñó su papel dentro de este movimiento y Juan Gris, que comenzó su andadura con cierto retardo en relación con los dos fundadores, supo encontrar pronto su propio lugar, cimentado tanto en los principios comunes de la estética cubista como en su personal aplicación de los mismos. A diferencia de Braque y Picasso, Gris nunca empleó por completo la paleta neutra, apostando siempre por el color, en muchas ocasiones brillante, aun estando condicionado por la necesidad tonal. Otro tanto ocurre con el sistema compositivo, derivado de la técnica del *collage*, y basado, en la época de madurez de Gris, en series de planos triangulares, verticales y horizontales que, sin ser transparentes, se solapan, organizando así la estructura compositiva del lienzo tanto por medio de sus diferentes texturas y tonalidades como por la especial localización de esos planos en el espacio. La representación del volumen gracias a la utilización de perspectivas isométricas e imágenes que se refuerzan recortándose sobre sus propias impresiones en negativo, es otra de las aportaciones de Gris, que consigue por medio de ese procedimiento composiciones más intensas, de mayor dramatismo que las de Picasso o Braque; personal es también la aplicación de contrastes de luz y sombra, empleados por Gris para crear continuidad entre los motivos del primer plano y el fondo de la composición.



Naturaleza muerta y paisaje – Plaza Ravignan

(*Nature morte et paysage – Place Ravignan*), 1915
Óleo sobre lienzo. 115,9 x 88,9 cm

Philadelphia Museum of Art: The Louise and Walter Arensberg Collection



Mandolina y frutero (Mandoline et compotier), 1925

Óleo sobre lienzo. 73 x 94,6 cm

Museum of Fine Arts, Boston, donación de Joseph Pulitzer Jr.

Destaca la predilección de Juan Gris por la naturaleza muerta, tema que es asimismo emblemático en el contexto de la iconografía cubista y al que en ocasiones se ha querido atribuir un significado simbólico. Gris prescinde sin embargo de cualquier simbología, dedicando más de la mitad de su producción a la representación de este motivo tan arraigado, por otra parte, en la tradición pictórica española. Alterna su extenso repertorio de utensilios domésticos habituales (jarras, copas, botellas de vino, garrafas, fruteros, tazas, tazones, platos, cuchillos, teteras, molinillos de café, lámparas, petacas...) con otros de índole algo diferente como los libros o los naipes, sin olvidarse tampoco de otra de sus grandes aficiones, la música y el baile, que traduce en la representación de papeles pautados, violines, violas y guitarras.

La admiración de Gris por ciertos maestros del pasado es una de las claves para desentrañar su lenguaje artístico. Aunque en repetidas ocasiones se ha hablado de la influencia, o más bien, concomitancia entre sus naturalezas muertas y los pulcros bodegones de Zurbarán, es ante todo de Cézanne, de quien aprendió la verdadera esencia de la pintura. Extrayendo las últimas consecuencias de los axiomas cézannianos, Gris formularía su famoso aforismo: “(...) Cézanne de una botella hace un cilindro; yo, en cambio, parto de este cilindro para crear un individuo de tipo especial; de un cilindro hago una botella, una determinada botella. Cézanne va hacia la arquitectura, yo parto de ella”.